

Efraín Bartolomé

1950

Cuadernos contra el ángel*

Tú me conoces ya como la palma de tu mano
Soy esta acumulación lenta de imágenes
este puño de tierra húmeda en que palpita un breve corazón
de oro limpio

Tú me conoces
Soy un poco de sombra herida por un alambre tenso
Soy mis sentidos como un pozo en que la luz desciende
La luz es un panal que gotea sol
un sol que gotea luz
un árbol derramando su follaje cuajado de sentidos como un ave
sus plumas

Digo «tú me conoces»
y algo más grande que mi cuerpo me envuelve en una manta tibia
Digo «tú me conoces»
y una pluma brillante de pavo real desliza su silencio sobre mi piel
desnuda

En mi sangre navega un río de palomas
En mi sangre navega un río de palabras
En mi sangre navega tu voz densa
como un aguacero que ilumina el relámpago

Tú me conoces A veces
soy un bronco tropel de potros negros

Soy un cuchillo de diamante atravesando el seno de la ternura
Soy un lamento lamido por el mal
Soy el sol de la dicha derramado en tu piel
Soy un largo torrente de terrores

* Fragmento.

Soy un alado escalofrío en la columna vertebral del diablo
 Soy la guanábana goteando en la boca reseca de la Sed
 Soy la lanza en el hombro de este verso

(Me sabe a verso el beso de la mujer que amo
 Me sabe a verso el vaso en que me bebo

Me sabe a verso el vicio de mi vaso
 Me sabe a vicio el vaso en que buceo)

Vuela en el espejismo de la tarde soleada una ligera sal
 un leve olor marino:

un aliento marino me atrofia la garganta

Sale un alarido alargándose hasta el hastío
 Por mis manos escapa el estilete del verso
 Por mis manos escupe la poesía su espumarajo negro

Un aliento marino me levanta
 Aletea en mi olfato Tensa mi piel
 Pone alas en la ola

En las islas flotantes de los lirios hace su nido el sol de la blancura

Tú me conoces:

sólo el lirio es capaz de ahogar el agua

Tú me conoces

Soy la feliz fatiga de mi fruto

Amo y amo y amo

y el alma se adelgaza hasta la flama

Amo y amo

hasta que el alma lame lumbre

y amo

hasta el alma del hambre

hasta que el alma alumbre

hasta que el alma herrumbre

los alambres del hombre.

José Luis Rivas

1950

V. El cerro del palomar*

La barreta rebota contra el rudo tepetate
aquí no hay agua
el embate del Norte cuele su pata de cabra
por entre las ranuras de los techos
y cuando palanquea
hace chirriar lastimeramente
los clavos con cabeza de plomo
que a penas retienen
el vuelo de las láminas de zinc o asbesto
Aquí no hay agua
sólo esqueletos por docenas
de alzados o de sorches
Aquí no hay agua
ni pailas con monedas de oro
sólo pequeñas víboras
que ondulan por la senda como leontinas de plata
sólo tupidos árboles que alargan las raíces de su sed
hasta las zanjas que se vierten en los esteros
zanjas con sangre de la fiebre aftosa
miasmas
fumigaciones contra la mosca prieta
y el paludismo
vertederos de chapapote que se embocan con el río
¿Alguien canta a la orilla de este río?
¿Alguien ha escrito
...la aventura del río es inacabable?

* Fragmento.

¿Alguien ha escrito
Aquí no hay agua?

Este verano gime como un ocelote en celo.
 Barrido por el viento
 desde la ciénaga y los pantanos vecinos
 sube a reunirse
 con nuestros pasos errabundos
 el clamor de los sapos
 —de ramas que se comban en medio de los matorrales
 guindan los nidos
 de las chochas y los patos silvestres.
 En el instante en que doblamos
 hacia la Senda de los Chuchuyates
 las gallaretas se zambullen asustadas;
 nadan un corto tramo bajo el fango,
 y ya fuera de peligro
 zurden otra vez
 luciendo su fosco plumaje
 mientras allá a lo lejos...
 ¡la clarinada de las garzas!

Es ante el último sol de la tarde.
 Enfrente de nosotros se alza,
 como un henchido seno,
 el cerro de La Atalaya
 (muro cortaciclones desde cuya punta
 alcanzábamos a ver el mar...
 El mar:
 orca que ruge su amenaza a borbotones,
 enorme cachalote azul hociqueando entre las piedras de la
 escollera).

El cerro de la izquierda
 es un pubis de mujer:
 exhibe al sol un vello crespo y abundoso.
 Ahora, a nuestra espalda,
 una parvada de chulinches
 cruza las lomas de Altolucero
 y se interna velozmente en una arboleda
 incendiada de nubes.

De cara al monte
—en la inminente vecindad del cielo—
esta tarde volvemos
a regocijarnos como en la infancia
en medio de la algazara de los tordos
mientras hacemos una visita
a las criaturas de estos lares.

Y así, somos de nuevo
los harapientos príncipes de la colina,
que remontan pendientes atestadas de malvas y quelites,
indemnes como siempre entre las ortigas
aunque cundidos de *aradores*,
y con los poros más abiertos, como quesos recientes,
vamos inaugurando, al paso, atajos nuevos...
Estrechamos, afables,
la mano de los chalahuites
y otros inquilinos del zarzal,
y estiramos los dedos
—que se derriten como el chicle de la caña al sol—
por arañar tan sólo la yema de los guajes.

Coral Bracho

1951

Oigo tu cuerpo

Oigo tu cuerpo con la avidez abrevada y tranquila
de quien se impregna (de quien
emerge,
de quien se extiende saturado,
recorrido
de esperma) en la humedad
cifrada (suave oráculo espeso; templo)
en los limos, embalses tibios, deltas,
de su origen; bebo
(tus raíces abiertas y penetrables; en tus costas
lascivas —cieno bullente— landas)
los designios musgosos, tus savias densas
(parva de lianas ebrias) Huelo
en tus bordes profundos, expectantes, las brasas,
en tus selvas untuosas,
las vertientes. Oigo (tu semen táctil) los veneros, las larvas;
(ábside fértil) Toco
en tus ciénagas vivas, en tus lamas: los rastros
 en tu fragua envolvente: los indicios
(Abro
a tus muslos ungidos, rezumantes; escanciados de luz) Oigo
en tus légamos agrios, a tu orilla: los palpos, los augurios
—siglas inmersas; blastos—. En tus atrios:
las huellas vítreas, las libaciones (glebas fecundas),
los hervideros.

Poblaciones lejanas

Sus relieves candentes, sus pasajes, son un salmo
luctuoso y monocorde;
los niños corren y gritan,
como pequeños lapsos, en un eterno, enmudecido
sepia demente. Hay ciudades, también,
que dulcifican la luz del sol:
En sus espejos de oro crepuscular las aguas abren y
encienden
cercos de aromas y caricias rituales; en sus baños:
las risas, las paredes reverdecientes
—Sus templos beben del mar.

Vagos lindes desiertos (Las caravanas, los vendavales, las
noches combas y despobladas, las tardes lentas,
son arenas franqueables que las separan) mirajes, ecos que
las enturbian,
que las empalman;
un gusto líquido a sal en las furtivas comisuras;
Y esta evocada resonancia.

Manuel Ulacia

1953

Visitas al Turk's Head Pub

Entre la bruma iluminada
por esa luz amarilla y ácida
que se disuelve en ella como tinta en el agua,
caminas sin saber a dónde vas.

La apariencia de la realidad te sorprende,
te hace preguntarte si no eres una aparición
entre apariciones.

¿Por qué has vuelto otra vez al mundo?

¿A aprender todo lo que aprendiste?

¿A reaprender los nombres de las cosas,
el olor de la lavanda fresca que crece entre las piedras,
el eco de tus pasos en las aceras mojadas
como espejos que multiplican el silencio de la noche
y que se rompen en un grito mudo?

¿A reconocer las cosas gastadas?

¿La aldaba de bronce de la puerta que abriste mil veces?

Te detienes en el umbral del Pub antes de entrar.

Tal vez no te reconozca nadie

ni a nadie reconozcas.

Sin embargo, el murmullo incesante,
el tintineo de los vasos en los brindis,
los espejos que reproducen una y otra vez tu rostro,
que reproducen la realidad en movimiento
mientras avanzas, como si navegaras por un río,
te harán sentirte a gusto,
olvidado de la muerte.

Entonces alguien se te acercará y pronunciará tu
[nombre,
hablará de tu vida como si hablara de otro.
Entonces te habrás vuelto a inventar.

Visita a Vicente Aleixandre con unas ramas de acebo

¿Recuerdas aquel invierno de 1966
en que de la mano de tu abuela
lo visitaste en la calle de Wellingtonia?
Qué familiar te pareció todo,
la caricia de sus dedos largos sobre tu nuca,
su persistente mirada amable
—que al reconocer en ti
cierto parecido con su amigo ausente,
respondía con una sonrisa afirmativa,
como aceptando el paso del tiempo—,
la luz que manaba sobre el mantel blanco,
mientras partían el pan y servían el vino
convocando a los espíritus
—Luis, Federico, Manolo—,
y después de la comida la penumbra de la casa,
y el silencio de la siesta,
aquel silencio que poco a poco,
mientras tus ojos recorrían
los lomos de los libros en los estantes,
formulaba su acertijo,
aquel silencio en el que Vicente vivía sumergido,
soñaba sumergido,
como el buzo que busca en las profundidades del océano
a una sirena virgen,
aquel silencio que entonces no lograste descifrar
y del cual emergieron sus poemas,
tal vez como emergen ahora estas líneas.

Vicente Quirarte

1954

Teoría del oso*

Sumergido en lo más profundo de la página, tiene la seguridad de la cobra en el desierto. Fiel guerrero del olvido, pisotea el gozo del último pinar estremecido por el viento. Emerge al fin, fatigado del odio en bruto que es él mismo, el hambre desnuda, los colmillos prestos. Nadie como él es omnívoro. Mastica el plomo de los lápices y bebe tinta a mares, llevándose en los belfos restos de teclas y de cintas. Se aleja eructando puntos suspensivos; deja en su camino los excrementos de trops nunca usados. Pero aun la bestia tiene rasgos de nobleza: Deja sobre el escritorio la goma de borrar.

Puerta del verano

El animal hambriento que te evoca
olvida la prudencia de la caza:
hace cimbrarse al aire entre los juncos
y es el último aliado del silencio.

Tú no sabrás —al cabo así lo quiero—
los pantanos y simas que frecuenta
cuando fragua los lirios que te ofrece
cada vez que sus dientes te desgarran.

No has de saber con qué impotencia gime,
con cuánta humillación acepta el dulce
sabor de tu saliva que es el suyo
ni con cuánta entereza luego acepta
el castigo eficaz de haber vencido
y llevar tu sabor entre sus fauces.

* Fragmento.